

ga. Que es que lo que ganan no alcanza, que hay mucho capataz aprovechado, que la Compañía es una abusiva, y qué sé yo.

—Sí, claro está. Y que los boletos, y que las groserías de uno. Déle usted. Ya no se puede ni almorzar en paz, total porque uno ha subido algo.

Y por allá, en las oficinas, me decía mister Smith:

—Oiga, Mundo, tener cuidado con los hombres. Socar bien las tuercas. Yo querer mucho a ticos y no malquerer a nicas, pero el trabajo es el trabajo. Despidase a Bermúdez, y a Canales, y al negro Scott.

Y asina cada semana. Cómo sudaba el macho. Y hasta perdía peso. Porque, vean ustedes; no creen que yo, porque les cuento ahora esto, me voy a poner de aprovechado y me le voy a dejar ir encima a un hombre sólo por tener pelo de maíz y ser extranjero; qué va a ser. Sepan ustedes que el tal mister Smith era un tostel como bueno y amigable, en lo que a su persona cuenta y toca. Yo me sospecho que, allá donde cada uno platica solito consigo mismo, el hombre se rumiaba sus sufridas y se dolía de veras de sus durezas. No diría yo lo propio de mister Sand, un tipo helado y duro que ni una maquina. Pero de mister Smith naide crea que pienso mal de toda su persona. ¿No ven que aquella vez, un sábado temprano, llegó y me dijo?:

—Caray. Dar ganas de tirar todo al diantre y volver a mi tierra. Ahora hay que despedir Ramirez. Y yo pienso que con trabajadores así, aquí todos ganar el doble. Malditas órdenes.

Y por la noche se limpió de sus culpas confesándose y comulgando con su botella, en una borrachera de aparecérsele hasta los demonios; y yo le medicé y entendí que se estaba lamentando de la vida, a más de que entredijo como dos o tres veces el nombre de Verónico Ramírez. Caramba, si es que el Veroniquillo aquel se había echado en la bolsa a toditico el mundo en aquella finca. Con todo y la que yo le guardaba, para mí fué un bocado amargo tener que informarle a Verónico que estaba despedido. No sé para qué me dió por darle explicaciones y tratar de florarle con palabras el despido. ¡Lo que me respondió!

—Don Mundo; yo una vez le dije que usted ya no es usted. ¿No lo está viendo? Es la Compañía. Con ella es que va la cosa.

Luego dieron la orden de echarlo de la finca con la policía. La orden la mandó mister Smith. Y como para todo hay remedio, se autorizó con otra borrachera.

Bueno, fué un día de aquellos cuando dijo a reventar el panadizo. Me monté en la mula y me fuí a hacer la ronda por la corta de fruta, que estaba a medio ir y precisaba, y encontré a medio mundo matando la culebra. Los hombres arrodajados en los callejones, o platicando entre ellos que ni viejas de vecindario, o simplemente estando por ahí. Los "burocratas" volcados fuera de la línea y las bestias de tiro dándole gusto al cuerpo con el pasto y hasta me-

rendándose los racimos de banano. Allí sí que se me enojó este hombre:

—Diay, grandes carajos, ¿quién es el que manda aquí? ¿Ustedes o yo? A trabajar se ha dicho.

Y entonces me salió al corte uno de aquellos hombres, un nicaragüense que hasta entonces no mataba ni una mosca, por lo Juan Caminando que era.

—Eh, chocho, mirá vos, mejor quedáte callado. Aquí estamos en huelga.

¡Qué huelga ni qué maldita la mama del diablo!—, me broté yo todo en cólera, y hecho una pura nublazón de la mente, cogí mi machete y me le fui al cuerpo a los matones de banano, le dí a un vástago y lo doblé, le apeé la fruta; doblé otro y de otro filazo le coseché las nueve manos del racimo—. Si no saben trabajar, aprendan cómo se hace, babosos—, e iba ya para el tercer vástago, cuando se me arrimó un tal Pedro Rojas, cuchillo en mano:

—Deje ya eso usted, oiga.

Y como le replicara ya con el apellido muy subido a la cabeza, otros me cercaron en redondo, y la cosa se me comenzó a poner color de hormiga. "Mundo, Mundo, mejor es que echés mano de tu calma, pues andás con revólver, y acordate de tus tatas difuntos, y de tus hijos, y de que tus manos nunca se han manchado; no vaya a ser que por mandón se te tengan que desgraciar de sangre."

De dónde fué que vino apareciendo entoces Verónico Ramírez, yo no lo sé decir. Pero me llovió como del cielo. El calmó y cogió por su cuenta y riesgo el mando de aquellos hombres, y yo me devolví para la oficina. Allá telefoneé a mister Smith, que oliendo la cosa se había despachado la víspera hacia Limón, le conté cómo estaba el avispero de alborotado, y luego me puse a sostener aquel caballo para que no se me desmandara, platicando con unos y con otros, recomendando sosiego, y hasta contando por ahí, como quien no quiere la cosa, que yo en mis juventudes había jefeadó una huelga en las Minas de Abangares. Asina sostuve quietos y hasta contentos a todos aquellos linieros. Uh; qué de hombres tan variados que eran de unos a otros. Los había algo añosos, como yo, y hasta más; y los había jóvenes, casi chacalines de teta; medianos, altos, bajillos, blancos, morenos, negros. Muy pocos, de veras, los había bien alentados. Paludiconillos casi todos. Yo les dije, por decir, que mientras llegaban mandadores de la Compañía a encargarse de la finca, no se me pusieran a abundar más de la cuenta, y me tuvieran a mí por uno de ellos. En la fonda de Pascuala, les conté tamaño cuento, de mis tiempos de desterrado en San Carlos. Carambas; no lo hice mal. Me había sorprendido el toro, como quien dice, solo y en media plaza, y aunque de buenas a primeras dije a atolondrarme y casi caigo en sus cachos, me ayudé de mi experiencia y con buenos modos más la calma de Verónico Ramírez, lo fuí capeando, capeandito, y vean ustedes, terminé conversando buenamente con todos ellos, en una noche calmosa y tranquila.